

ta á las cosas de su casa, entienda en su oficio: que es lo otro, que pide en esta letra el Espíritu santo á la buena casada, como fin á quien se ordenó lo primero, que habemos dicho, del madrugar. Porque no se entiende, que si madruga la casada, ha de ser para que rodeada de botecillos, y arqui-llas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja, y pintando la cara, y negociando con su espejo, que mienta, y la llame hermosa. Que demás del grave mal, que hay en este artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa, por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera menos mal el dormir. Levántese pues: y levantada gobierne su gente, y mire lo que se ha de proveer, y hacer aquel día, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitán, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar, y le avisa á cada uno, que guarde su puesto; así ella ha de repartir á sus criados sus obras, y poner orden en todos. En lo cual se encierran grandes provechos. Porque lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto. Lo otro, para cuando alguna vez acontece, que ó la enfermedad, ó la ocupación tiene ausente á la señora. están ya los criados por el uso, como maestros en todo aquello que deben hacer: y la voz, y la orden de su ama, á la cual tienen hechos ya los oídos, aunque no la oigan entonces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin verla. Y demás de esto del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas: y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia, y el mandamiento de su señora; y como conocen que su vista, y provisión de ella se extiende por todo, paréceles, y con razón, que en todo cuanto hacen, la tienen como por testigo, y presente; y así se animan, no sólo á tratar con fidelidad sus obras, y oficios, sino también á aventajarse señaladamente en ellos. Y así crece el bien como espuma, y se mejora la hacienda, y reina el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente la vista y la presencia, y la voz, y el mando del ama, hace á sus mozas no sólo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual también pertenece á su oficio. Síguese:

§. VIII.

La perfecta casada no sólo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar también la hacienda.

Vínole al gusto una heredad, y compróla, y del fruto de sus palmas plantó viña.

Esto no es algún nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud más particular que las dichas, sino antes es como una cosa que se consigue, y nace de ellas. Porque cierto es, que la casada que fuere tan tasada en sus gastos, y tan no curiosa por una parte, y por otra tan casera, y veladora, y aprovechada, no sólo conservará lo que su marido adquiriere, sino también ella lo acrecentará por su parte, que es lo que aquí agora se dice. Porque de tan grande industria, y vela, el fruto no puede ser sino grande. Por manera que á los demás títulos, que siguiendo esta doctrina de Dios, habemos dado á la buena mujer, añadimos agora éste, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue de ellos, y que declara la fuerza de los pasados, y lo que pueden, y el hasta dónde han de llegar. Y así decir, que compró hereditario, y que plantó viña del sudor de su mano, es avisarle, que del ser casera, que se le pide, su propio punto es no parar hasta esto, que es no sólo bastecer á su casa, sino también adelantar su hacienda: no sólo hacer que lo que está dentro de sus puertas esté bien proveído, sino hacer también que se acrecienten en número los bienes y posesiones de fuera. Y es decirle, que pretenda, y se precie ella también de, señalando como con el dedo alguna parte de sus posesiones, poder decir claramente, este es fruto de mis trabajos, mi industria añadió esto á mi casa, de mis sudores fructificó esta hacienda, como lo han hecho en nuestros tiempos algunas. Pero dirán, que es esto pedir mucho. Mas pregunto yo á las que lo dicen, qué es en esto lo que tienen por mucho? Tienen por mucho, que de la diligencia, y aprovechamiento, y labor de una mujer acom-

pañada de sus mujeres, salga cosa de tanto valor, como es esto? O tienen por mucho, que quiera ella gastar lo que adquiere, en estos aprovechamientos, y haciendas, y no en sus contentos y galas? Si aquesto postrero es lo que les parece mucho en aquesta doctrina, no tienen razón, ni en tener otro gasto por más suyo, ni por más apacible, y gustoso, ni en pensar que se vende en la tienda cosa, que comprada las hermosee más que estas compras. Porque aquello pasa en el aire, y el bien, y honra, y contento, juntamente con el buen nombre que por esta otra via se adquiere, como tiene raíces en la virtud, es duradero y perpetuo. Mas si lo primero las espanta, porque no creen tanto bien de sus manos; lo uno, hácense injuria a sí mismas, y limitan su poder apocadamente: y lo otro, ellas saben que no es así, y que pueden, si quieren aplicarse, pasar de esta raya, porque á dónde no llegará la que puede hacer, y la que hiciere lo que sigue?

§. IX.

Cuánto debe evitar la mujer buena el ocio, y de los vicios y malas resultas que de él nacen.

Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo, tomó gusto en el granjear, su candela no se apagó de noche, puso sus manos en la tortera, y sus dedos tomaron el huso.

Tenga valor la mujer, y plantará viña: ame el trabajo, y acrecentará su casa: ponga las manos en lo que es propio de su oficio, y no se desprecie de él, y crecerán sus riquezas: no se descíña, esto es, no se enmolezca, ni haga de la delicada, ni tenga por honra el ocio, ni por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos, y acostumbre á la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo, y por menudo que sea; y entonces verá cuánto valen, y á dónde llegan sus obras. Tres cosas le pide aquí Salomón, y cada una en su verso. Que sea trabajadora lo primero, y lo segundo que vele, y lo tercero que hile. No quiere que se regale, sino que trabaje. Muchas cosas están escritas por muchos

en loor del trabajo, y todo es poco para el bien que hay en él: Porque es la sal que preserva de corrupción á nuestra vida, y á nuestra alma: mas yo no quiero decir aquí nada de lo general. Lo que propiamente toca á la mujer casada, eso diré solamente. Porque cuanto de suyo es la mujer más inclinada al regalo, y más fácil á enmollecerse, y desatarse con el ocio, tanto el trabajo le conviene más. Porque si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condición de mujeres, y se afeminan; las mujeres ¿qué serán, sino lo que hoy dia son muchas de ellas? Que la seda les es áspera, y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los piés, y del aire que suena se desmayan, y el decir la palabra entera les cansa, y aun hasta lo que dicen lo abortan; y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre, y un lijo, y un asco: y perdónenme, porque les pongo este nombre, que es el que ellas más huyen, ó por mejor decir, agradézcanme que tan blandamente las nombro. Porque quien considera lo que deben ser, y lo que ellas mismas se hacen, y quien mira la alteza de su naturaleza, y la bajeza en que ellas se ponen por su mala costumbre, y coteja con lo uno lo otro, poco dice en llamarlas así; y si las llamase cieno, que corrompe el aire, y le inficiona, y abominación aborrecible, aún se podía tener por muy corto. Porque teniendo uso de razón, y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser que puede hollar sobre el cielo, y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas, y se añian así con delicadez, y se envilecen en tanto grado, que una lagartija, y una mariposilla que vuela, tiene más tomo que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo es de más cuerpo y sustancia. Así que debe mirar mucho en esto la buena mujer, estando cierta que en descuidándose en ello, se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males, se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña; así ellas entiendan que viven dispuestas para esta dolencia de nadería, y melindrería, ó no sé cómo la nombre, y que en ella el regalo es regalar; y guárdense de él, como huyen la muerte, y conténtense con su natural poquedad, y no le añadan bajeza, ni la hagan más apocada: y adviertan y entiendan, que su natural

es femenino, y que el ocio él por sí afemina, y no junten á lo uno lo otro, ni quieran ser dos veces mujeres. He dicho el extremo de nada á que vienen las muelles y regaladas mujeres, y no digo la muchedumbre de vicios que de esto mismo en ellas nacen, ni oso meter la mano en este cieno. Porque no hay agua encharcada y corrompida, que crie tantas y tan malas sabandijas, como nacen vicios asquerosos y feos en los pechos de estas damas delicadas, de que vamos hablando. Y en una de ellas, que pinta en los Proverbios el Espíritu santo, se ve algo de esto, de la cual dice así (Prov., c. vii, vv. 10 y 18): «Parlera, y vagabunda, y que no sufre estar quieta, ni sabe tener los piés en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por donde quiera sus lazos. Vió un mancebo, y llegóse á él, y prendióle, y díjole con cara relamida blanduras: Hoy hago fiesta, y he salido en tu busca, porque no puedo vivir sin tu vista, y al fin he hecho en ti presa. Mi cámara he colgado con hermosas redes, y mi cuadra con tapices de Egipto, de rosas y de flores, de mirra, y linaloe, está cubierto el suelo todo, y la cama. Ven, y bebamos la embriaguez del amor, y gocémonos en dulces abrazos, hasta que apunte la aurora.» Y si todas las ociosas no salen á lo público de las calles, como ésta salía, sus escondidos rincones son secretos testigos de sus proezas, y no tan secretos que no se dejen ver y entender. Y la razón, y la naturaleza de las cosas lo pide. Que cierto es, que produce malezas el campo que no se rompe y cultiva; y que con el desuso el hierro se toma de orín, y se consume; y que el caballo holgado se manca. Y demás de esto, si la casada no trabaja, ni se ocupa en lo que pertenece á su casa, ¿qué otros estudios ó negocios tiene en que se ocupar? Forzado es, que si no trata de sus oficios, emplee su vida en los oficios ajenos, y que dé en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada, y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuanto pasa, y aun de lo que no pasa inventora, parlera y chismosa, de pleitos revolvedora, jugadora también, y dada del todo á la risa, y á la conversación, y al palacio, con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí agora, por ser cosa manifiesta y notoria. Por manera que

en suma, y como en una palabra, el trabajo da á la mujer, ó el ser, ó el ser buena: porque sin él, ó no es mujer, sino asco, ó es tal mujer, que sería menos mal que no fuese. Y si con esto que he dicho se persuaden á trabajar, no será menester que les diga y enseñe cómo han de tomar el huso, y la rueca, ni me será necesario rogarles que velen, que son las otras dos cosas que les pide el Espíritu santo, porque su misma afición buena se las enseñará. Y así dejando esto aquí, pasaremos á lo que se sigue.

§. X.

Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver á quién admite en casa y favorece.

Sus palmas abrió para el afligido, y sus manos extendió para el menesteroso.

A muy buen tiempo puso esto aquí Salomón, porque repitiendo tanto lo que toca á la granjería y aprovechamiento, y aconsejando á la mujer tantas veces, y con tan encarecidas palabras que sea hacendosa, y casera, dejábala al parecer muy vecina al avaricia y escasez, que son males que tienen parentesco con la granjería, y que se le allegan no pocas veces. Porque así como hay algunos vicios que tienen apariencia y semejanza de algunas virtudes; así hay virtudes también, que están como ocasionadas á vicios. Porque aunque es verdad que la virtud consiste en el medio, mas como este medio no se mide á palmos, sino es medio que se ha medir con la razón, muchas veces se aleja más del un extremo que del otro: como parece en la liberalidad, que es virtud medida por la razón entre los extremos del avaro y del pródigo, y se aparta mucho menos del pródigo que del avaro. Y aun también acontece, que de la virtud, y del vicio, que en la verdad son principios muy diferentes, en la vista pública, y en lo que de fuera parece, nazcan frutos muy semejantes. Tanto es disimulado el mal, ó tanto procura disimularse para nuestro daño, ó por mejor decir, tanta es la fuerza y excelencia del bien, y tan general su provecho, que aun el mal para poder

vivir y valer, se le allega, y se viste de él, y desea tomar su color. Así vemos, que el prudente y recatado huye de algunos peligros, y que el temeroso y cobarde huye también. Adonde aunque las causas sean diversas, es uno y semejante el huir. Y vemos por la misma manera, que el hombre concertado granjea y beneficia su hacienda, y el avariento también es granjero, y que son unos en el granjear, aunque en los motivos del granjear son diferentes. Y puede tanto este parentesco y disimulación, que no solamente los que miran de lejos, y ven sólo lo que se parece, engañándose, nombran por virtud lo que es vicio; mas tambien estos mismos que ponen las manos en ello, y lo obran, muchas veces no se entienden á sí, y se persuaden que les nace de raíz de virtud, lo que les viene de inclinación dañada y viciosa. Por donde todo lo semejante pide grande advertencia, para que el mal disimulado con el bien, no pueda engañarnos. Y así porque á Dios no aplace sino la virtud, y porque ser la mujer muy granjera le puede nacer de avaricia y de vicio, para que no se canse sin fruto, y para que no ofenda á Dios en lo que piensa agradarle, avísale aquí, que sea limosnera: que es decirle, que dado que le tiene mandado que sea hacendosa, y aprovechada y veladora, y allegadora, pero que no quiere que sea lacerada, ni escasa, ni quiere que todo el velar y adquirir, sea para el arca, y para la polilla, sino para la provisión, y abrigo, no sólo de los suyos, sino también de los necesitados, y pobres, porque en ninguna manera quiere que sea avarieta. Y por eso dice elegantemente, que abra la palma, que la avaricia cierra; y que alargue y tienda la mano, que suele encoger la escasez. Y dado que el ser piadoso y limosnero, es virtud que conviene á todos los que se tienen por hombres, pero con particular razón las mujeres deben esta piedad á la blandura de su natural; entendiendo, que ser una mujer de entrañas duras ó secas con los necesitados, es en ella vituperable, más que en hombre ninguno. Y no es buena excusa decir que les va á la mano el marido. Porque aunque es verdad que pertenece á él el dispensar la hacienda, pero no se entiende, que si veda á la mujer, y le pone ley para que no haga otros gastos perdidos, le quiere también cerrar la puerta á lo que es piedad y limosna, á quien Dios con tan expreso man-

damiento, y con tan grande encarecimiento la abre. Y cuando quisiese ser aun en esto escaso el marido, la mujer, si es en lo demás cual aquí la pintamos, no debe por eso cerrar las entrañas á la limosna, que es debida á su estado, ni menos el confesor se lo vede. Porque si el marido no quiere, está obligado á querer, y su mujer si no le obedece en su mal antojo, conformarse con la voluntad que él debe tener de razón: y en hacer esto, trata con utilidad y provecho su alma de él, y su hacienda: porque lo uno, cumple con la obligación que ambos tienen de socorrer á los pobres; y lo otro, asegura y acrecienta sus bienes con la bendición, que Dios, cuya palabra no puede faltar, tiene á la piedad prometida. Y porque muchos nunca se fian bien de esta palabra, por eso muchos hombres son crudos y lacerados. Que si se pusiesen á considerar, que reciben de Dios lo que tienen, no temerían de le tornar parte de ello, ni dudarian de que quien es liberal, no puede jamás ser desagradecido: y quiero decir en esto, que Dios, el cual sin haber recibido nada de ellos, liberalmente los hizo ricos, si repartieren después con Él sus riquezas, se las volverá con gran logro. Esto que he dicho, entiendo de las limosnas más ordinarias y comunes, que se ofrecen cada dia á los ojos: que en lo que fuere más grueso, y más particular, la mujer no ha de traspasar la ley del marido, y en todo le ha de obedecer y servir. Y yo fio, que ninguno habrá tan miserable, ni malo, que si ella es de las que yo digo, tan casera, tan hacendosa, tan veladora, y tan concertada en todo y aprovechada, le vede que haga bien á los pobres. Ni será ninguno tan ciego, que tema pobreza de la limosna que hace quien le enriquece la casa. Así que abra sus entrañas, y sus brazos y manos á la piedad la buena mujer, y muestre que su granjería nace de virtud, en no ser escasa en lo que según razón es debido. Y como el que labra el campo, de lo que coge en él da sus primicias y diezmos á Dios; así ella de las labores suyas, y de sus criadas, aplique su parte para vestir á Dios en los desnudos, y hartarle en los hambrientos: y llámeme como á la parte de sus ganancias, y abra, como aquí dice, sus manos al afligido, y al menesterozo sus palmas.

Mas si dice que abra sus manos y su casa á los pobres, es mucho de advertir que no le dice que la abra generalmente á

todos los que se profesan ser pobres. Porque á la verdad, una de las virtudes de la buena casada, y mujer, es el tener grande recato acerca de las personas que admite á su conversación, y á quién da entrada en su casa. Porque debajo de nombre de pobreza, y cubriéndose con piedad, á las veces entran en las casas algunas personas arrugadas y canas, que roban la vida, y entiznan la honra, y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan, pareciendo que los lamen y halagan. San Pablo casi señaló con el dedo á este linaje de gentes, ó á algunas gentes de este linaje, diciendo (I. Tim., c. v, v. 13): *Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas, y no solamente ociosas, mas también parleras, y curiosas, y habladoras de lo que no conviene.* Y es ello así, que las tales de ordinario no entran sino á aojar todo lo bueno que vieren, y cuando ménos mal hacen, hacen siempre este daño, que es traer novelas y chimerías de fuera, y llevarlas á fuera de lo que ven, ó les parece que ven, en la casa donde entran, con que inquietan á quien las oye, y les turban los corazones: de donde muchas veces nacen desabrimientos entre los vecinos y amigos, y materias de enojos, y diferencias, y á veces hay discordias mortales. En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes, ninguna cosa vedaron más que la comunicación con los extraños y de diferentes costumbres. Así Moysén, ó por mejor decir, Dios por Moysén, á su pueblo escogido le avisa de esto en mil lugares (1) con encarecimiento grandísimo. Porque lo que no se ve, no se desea, que como dice el versillo griego (2): *Del mirar nace el amar.* Y por el contrario lo que se ve y se trata, cuanto peor es, tanto más ligeramente, por nuestra miseria, se nos apegá. Y lo que es en toda una república, eso también en una sola casa, por la misma razón, acontece. Que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ellas se usan, unos con el ejemplo, y otros con la palabra, alteran los ánimos bien ordenados, y poco á poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oído, y dice á la hija, y á la doncella, que por qué huyen la

(1) Lev., cap. xxii, v. 25.—Núm. cap. xviii, v. 4, etc.

(2) Apud Erasmum. Adag., cant. 2, núm. 79.

ventana, ó por qué aman la almohadilla tanto, que la otra fulana, y fulana, no lo hacen así. Y enséñales el mal aderezo, y cuéntales la desenvoltura del otro, y las marañas que ó vió, ó inventó, póneselas delante, y vuélveles el juicio: y comienza á teñir con esto el pecho sencillo y simple, y hace que figuren en el pensamiento, lo que con solo ser pensado corrompe: y dañado el pensamiento, luégo se tienta el deseo, el cual en encendiéndose al mal, luégo se resfria en el bien; y así luégo se comienzan á desagradar de lo bueno, y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen á dejarlo del todo á la postre. Por donde acerca de Eurípides, dice bien el que dice (1): «Nunca, nunca jamás, que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo casado consentirá que entren cualesquiera mujeres á conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños. Unas, por su interés, tratan de corromper en ella la fe del matrimonio. Otras porque han faltado ellas, gustan de tener compañeros de sus faltas. Otras porque saben poco, y de puro necias. Pues contra estas mujeres, y las semejantes á estas, conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa. Que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana, sino siempre hacen diversos daños.» Pero veamos ya lo que después de aquesto se sigue.

§. XI.

Del buen trato y apacible condición con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas.

No temerá de la nieve á su familia, porque toda su gente vestida con vestiduras dobladas.

No es aquesta la menor parte de la virtud de aquesta perfecta casada que pintamos, ni la que da menos loor á la que es señora de su casa, el buen tratamiento de su familia y criados; antes es como una muestra donde claramente se conoce la buena orden con que se gobierna todo lo demás. Y

(1) Eurípid. in Andromach.